

Lunes, 18 de febrero 2019

“Mira al otro como hermano redimido, amado por el mismo Padre”

Gn 4,1-15.25 El Señor se fijó en Abel y en su ofrenda.

Sal 49,1.8.16bc-17.20-21 Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza.

Mc 8,11-13 ¿Por qué esta generación reclama un signo?

Necio e insensato detestas la enseñanza de Dios, no haces caso a su Palabra y pides un signo. Te enfureces y andas abatido, ¿no sería bueno que escuchases a tu Dios? No son los sacrificios ni ofrendas las que necesitas, sino la escucha de la Palabra de Dios. Recitas normas, mandamientos, leyes, y no me escuchas, ¿cómo vas a saber lo que te conviene? ¿No me dejas amarte y me pides ser feliz? Jesús **se fue a la otra orilla**. Si dejas que la paz de Cristo te sosiegue, la mansedumbre brotará de ti ofreciendo la paz.

Los signos los ven y disfrutan los que confían en su amor, en su misericordia, porque saben que todo es para nuestro bien. Abel era feliz porque era agradecido, experimentaba que Dios le amaba. Sin embargo, Caín sabía que lo hacía mal y le echaba la culpa a Dios, él era mezquino y se quejaba; en cambio, su hermano Abel era agradecido y generoso.

¿Cómo pedimos signos, si la fe nos los hace ver a cada momento? El que no tiene fe no los verá, aunque los tenga delante. Acoge el amor de Dios, y agradecido ofrece las primicias de tu corazón.

Nuestras inclinaciones nos inducen a hacer lo que nos place y nos llevan a distanciarnos de Dios. Prescindimos de Dios, pero no podemos vivir sin él. ¿Cómo vamos a ver lo que nos ofrece, si miramos para otro lado? Las ofertas de consumo nos llevan a vivir en la superficie e impiden que nos conmovamos ante el padecer, la necesidad de los demás, sólo miramos nuestro bienestar. No dejamos que el Señor nos colme de gracia y bendición, nos haga rebosar de amor mutuo y de amor a todos (1Ts 12). ¿Te das cuenta del valor de la vida cuando la das? ¿Te apasiona el amor y lo disfrutas cuando amas?

Sábado, 23 de febrero 2019

“Para ser perfecto empieza por ser misericordioso”

Hb 11,1-7 La fe es fundamento de lo que se espera.

Sal 144,2-5.10-11 Que todas tus criaturas te den gracias, Señor.

Mc 9,2-13 Se transfiguró delante de ellos.

El amor de Cristo Jesús es la garantía de lo que no se ve. La fe en ese amor nos hace recordar a los que nos han precedido. Y sabemos que la Palabra creó el universo de manera que lo visible procede de lo invisible. La fe nos hace responder al amor con amor, y con ello complacemos a Dios. Si te acercas a Dios, si piensas en él, es porque crees que existe y esperas su presencia, esperas que se revele.

Jesús se transfiguró ante Pedro, a Santiago y Juan, y se hicieron presentes la Ley y los profetas, Moisés y Elías, y dialogaba con ellos. La Palabra de Dios es viva y eficaz, hasta el punto que Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: ¡qué bueno es que estemos aquí!

En el diálogo de Jesús con la Ley y los profetas se formó una nube, una dispersión de la luz visible que podían entender, pero que no estaba claro lo que percibían y entonces salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo». Quedó de manifiesto que es Jesús la Palabra de Dios, del Padre: es mi Hijo.

Al salir de esta situación y hacerse la realidad se dan cuenta de que es Jesús el que está solo con ellos. Se les quedó grabado lo que habían experimentado, pero sin llegar a entender la resurrección de entre los muertos.

La fe nos lleva a vivir desde Dios y en Dios. Los hombres que recibieron la Palabra de Dios, hicieron experiencia de Jesús y creyeron en su Evangelio, sintiéndose alegres y acogiendo con gozo la llamada al apostolado y dieron gracias a Dios por poder responder con la propia vida, poniéndose al servicio del Evangelio. La fe, la experiencia de amor de Dios nos anima a ponernos en manos de Dios.

Miércoles, 20 de febrero de 2019

“El que tiene limpio el corazón mira con comprensión”

Gn 8,6-13.20-22 La tendencia del corazón humano es mala desde la juventud.

Sal 115,12-15.18-19 Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles.

Mc 8,22-26 «Veo hombres, me parecen árboles, pero andan».

En un primer momento la paloma no encontró dónde posarse, porque todavía no tiene en “quién” posarse; esperó y en un segundo momento es enviada de nuevo y vuelve con una hoja verde de olivo, un testimonio de inicio. El mal había menguado, la corrupción era menor. Y esperó a que la tierra estuviese preparada para recibir la paloma, el espíritu de Dios, que se quedó entre nosotros.

El ser humano está como ciego y necesita ser tocado por la Palabra de Dios. Jesús nos saca de la multitud y con su palabra nos lleva de la mano, poco a poco a conocer de su misma boca, de su mismo sabor, a profundizar y ser iluminados por su gracia: ¿Ves algo? En un primer momento nos viene el asombro: Veo, pero parece... Necesitamos insistir una y otra vez con la palabra de Dios para ir conociéndola y que nos vaya seduciendo y enamorando. Y vio que estaba curado, veía con toda claridad. Se sentía profundamente amado, perdonado.

En estas condiciones es cuando Jesús nos envía a dar testimonio de nuestra experiencia, a no entrar en lo que nos distrae, sino a ir a casa, a las personas que nos confía.

Necesitamos transformar nuestro pensar, somos tendentes al juicio y necesitamos misericordia. El misericordioso nos llama y nos va capacitando para colaborar con él. Nos vamos transformando a base de experiencias de amor, de sentirnos amados en nuestra debilidad, en nuestra fragilidad, así aprendemos a anclar nuestra vida por, en y con Cristo Jesús.

La fe se comunica y contagia con palabras y obras.

Jueves, 21 de febrero 2019

“Perdonad y daros cuenta de que habéis sido perdonados primero”

Gn 9,1-13 Todo lo que vive y se mueve os servirá de alimento.

Sal 101,16-21-23.29 El Señor ha mirado y se ha fijado en la tierra.

Mc 8,27-33 Y vosotros, ¿quién decís que soy?

Dios bendice al que confía en él y nos da su plan creador: Sed fecundos, multiplicaos y llenad la tierra de amor. Su misma vida, todo lo pone en nuestras manos. No es que ponga condiciones ni restricciones, sino que hay cosas que no son buenas para nosotros, por tanto, al hombre le pediré cuentas de la vida de su hermano, porque a imagen de Dios hizo él al hombre. Vosotros dedicaos a escuchar a Dios y a hacer lo que os dice; porque establece una alianza con nosotros para hacer en nosotros las obras que quiere llevar a cabo.

Por eso la pregunta de Jesús es oportuna: ¿Quién dice la gente que soy yo? ¿Quién soy para ti?

Jesús les decía con claridad: El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser criticado, censurado, reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días.

Y eso es lo que os espera a vosotros, venía a decíroslo. Por eso, Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús le dio la espalda y mirando a los discípulos, increpó a Pedro: ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios! Si quieres seguirme: ¡Ponte detrás de mí, Satanás! No me marques el camino, lo que tengo que decir y hacer, pues hago lo que me dice mi Padre.

Si somos discípulos, seguidores de Cristo Jesús, el fruto de su palabra da gloria al Padre. Dar fruto es dar a Cristo Jesús, que vive en nosotros, sabiendo que, al que da fruto, lo poda para que dé más fruto (Jn 15). Y para hacer camino es bueno aprovechar la experiencia de otros que viven o han vivido circunstancias como las nuestras y nos dan luz para superar las dificultades que se nos vayan presentando.

Ayúdame, Señor, pues quiero querer amarte en mis hermanos.

Viernes, 22 de febrero 2019

“Si quieres cambiar el mundo empieza por ti mismo”

P 5,1-4 Testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que va a manifestarse

Sal 22,1-6 Nada temo, porque tú vas conmigo

Mt 16,13-19 ¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

A los presbíteros en esa comunidad, yo, presbítero como ellos, os exhorto: Sed pastores del rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, gobernándolo no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con generosidad; no como déspotas sobre la heredad de Dios, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño. Y cuando aparezca el supremo Pastor, recibiréis la corona de gloria que no se marchita.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, tú habitarás en mí y yo seré tuyo para siempre. El creyente por su fe confía en el poder vivificante de Dios que le lleva a la esperanza y le anima en la fidelidad. Tú eres para mí el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

¡Qué bueno que nos da su gracia santificante!

Los que participan en los sufrimientos de Cristo, también están llamados, mediante sus propios sufrimientos, a tomar parte de su gloria.

Sólo en Dios encontramos la verdad y la dicha que no dejamos de buscar. Al enviarnos a su Hijo, el Padre revela su intimidad: una comunicación eterna de amor que nos ofrece participación en él. Por eso el hombre que lo experimenta responde agradecido y se da cuenta de su pequeñez. Su amor nos precede. En esto consiste la vida del hombre: en dejarse amar primero y llamar a Dios: Abba, Papá.

Jesús, el Hijo, murió por todos, para rescatarnos a todos, pues todos hemos sido creados por amor y para amar, y así todos somos hermanos de Cristo. Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, que nos hace participar realmente de la vida del Hijo único.

Martes, 19 de febrero 2019

“No juzguéis, no condenéis, que el amor sea vuestra conducta”

Gn 6,5-8;7,1-5.10 Su modo de pensar era siempre perverso.

Sal 28, 1a.2-4.9c-10 Hijos de Dios, aclamad al Señor.

Mc 8,14-21 ¿Y no acabáis de entender?

Dios quiere santificar nuestras vidas al compartirlas entre nosotros, para que le conozcan y nos convirtamos en su amor. Nos habita el Espíritu Santo, el amor del Padre y del Hijo, somos germen de unidad en el amor. No tengamos miedo, la generosidad del Hijo con su encarnación acortó la distancia entre Dios y el hombre. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre (Hb 13,8).

El Señor ve la maldad del hombre y le duele, pues se deja llevar por sus inclinaciones y su pensar se vuelve perverso. Cuando el hombre confía en Dios entra en el arca de la alianza, de la promesa y encuentra que todo está bien, siente, pues, tu vida redimida, la familia, lo creado...

También somos olvidadizos y nos encontramos que hemos olvidado la oración, el alimento para el espíritu. Jesús nos recomienda: Tened cuidado con la levadura de los fariseos y con la de Herodes; con las ideologías, con los errores de los que legislan, con los que ostentan el poder y la información. No se trata del alimento del cuerpo, sino el del espíritu, que es el que nos lleva a actuar. Cuando dejamos que los instintos carnales, humanos, predominen, alejamos a Dios de nuestras vidas. Dios envió a su Hijo encarnado en una carne humana, pecadora, haciéndolo víctima por el pecado, y en su carne condenó el pecado, para que no procedamos como la carne, sino por el Espíritu (Rm 8,3-4).

Cuando amamos, Dios se manifiesta en nosotros, porque una vez saciado el discípulo, el Espíritu de Jesús lo apremia a ser su embajador, el que le lleva a los demás.

Todo lo que digáis y hagáis sea en nombre de Cristo Jesús, y así él estará en nosotros, pues es nuestro mediador (Col 3,12-21).

Domingo, 24 de febrero 2019

“Dad, ved que lo habéis recibido primero y sed agradecidos”

1Sm 26,2.7-9.12-13.22-23 El Señor pagará a cada uno su justicia y su lealtad.

Sal 102,1-4.8.10.12-13 El Señor es compasivo y misericordioso.

1Co 15,45-49 No fue primero lo espiritual, sino lo animal. Lo espiritual viene después.

Lc 6,27-38 Haced el bien a los que os odian.

Adán hecho de tierra era mortal, era un ser animado. La diferencia entre Adán y Jesús, es que el primero es mortal, y Jesús tiene el Espíritu que da vida. Por eso lo primero es lo terrenal, y Jesús en cuanto a terrenal era de la tierra, de carne, pero como celestial era del cielo, y como tenía el Espíritu no podía morir y a nosotros mortales, con el mismo Espíritu que se nos ha dado, somos imagen de lo divino, y así somos del cielo.

A los que escuchamos la palabra de Dios se nos dice: Amad a vuestros enemigos, bendecid, orad. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Dios nos trata como un padre que siente ternura por sus hijos. Te perdona y cura; te rescata de tus esclavitudes.

El Señor es compasivo y misericordioso, no olvides lo que él hace contigo. Bendice al Señor, que te colma de gracia y de ternura y no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas.

Amad siempre y amad a todos. Sed compasivos y comprensivos, no juzguéis, no condenéis; perdonad, dad sin mirar cuánto y a quién, pues dais de lo que habéis recibido. La medida que uséis que sea la misma con la que habéis sido agraciados.

Jesús siempre está pendiente de que le dejemos entrar para que tengamos la plenitud (Ap 3,20). Se aumenta la amistad, la confianza, con el trato. Son momentos de reencuentro, de fortalecer la alianza.

Pautas de oración

¡Qué tengo, Señor,
que mi amistad procuras!



¡Cuánto amor derrochas en mí!

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES